

MSS 25
1991/264
c.1

Domingo 8 de Abril de 1923

TUTENKHAMEN

El cable nos trae la noticia del fallecimiento de Lord Carnarvon, el célebre egiptólogo descubridor de la tumba de Tutenkhamen.

Un insecto desconocido, acaso un exantemático del tiempo de los faraones, ha puesto término a los días del ilustre hombre de ciencia, cuando sus manos tocaban ya el último velo del misterio que cubre aún al monarca de la décima octava dinastía.

Al fondo de la antecámara henchida de tesoros como un sueño oriental, se alzaba un muro sellado, que oculta, según los sabios, el sarcófago sagrado, donde el rey de Egipto duerme su sueño milenario.

Lord Carnarvon no alcanzó a profanar ese recinto.

El espíritu de Tutenkhamen se ha adelantado a recibirlo sin duda con esa mueca burlona y desdeñosa que parece estereotipada en los rostros de las momias.

Para muchos una momia no pasa de ser un trozo de carne humana conservada, una especie de "charqui" de museo. La aduana portuguesa, según E. C. de Queiroz, asimiló en cierta ocasión los venerables despojos de un Ramsés al arenque salado, para los efectos del pago de derecho.

Yo no me explico, sin embargo, que extraña sugestión ejercen sobre mí esos rostros pálidos y secos, que miran hacia adentro, esos labios descoloridos que se distienden en un rasgo irónico de supremo desprecio por todos los que viven, se afanan y sufren en la tierra.

Parecen tan superiores, tan misteriosos, tan henchidos de fuerzas de ultratumba que se encuentra razón a Conan Doyle, cuando cree que la muerte de Lord Carnarvon se debe exclusivamente a una venganza de los faraones al ver sus tumbas profanadas.

Esta afirmación está además, abonada con la siguiente carta de Tutenkhamen que reproduzco a continuación sin comentario.

Señor redactor de EL DIARIO ILUSTRADO.- Presente.

Apreciado señor:

Con motivo de algunos párrafos publicados en la prensa, con ocasión de la muerte de Lord Carnarvon, puedo decir a Ud. lo siguiente:

"Yo maté al inglés por curiosidad y por ratero. Empezó por meterse a mi antesala y no me dejó cosa en su sitio. Yo tenía allí unas sillas. El Lord pudo convencerse de que eran estilo imperio con las clásicas ornamentaciones de cabezas de carnero, patas de león, cuellos de cisne, etc., y sin otra diferencia que ser talladas en madera de sicomoro en lugar de caoba. Me llevó, no obstante, las sillas; me llevó además la carroza pintada de oro y azul, colores que desde antiguo simbolizan a todos los gobiernos.

No contento con estas raterías, se disponía a penetrar en la cámara mortuoria, donde yace mi cuerpo embalsamado, si mal no recuerdo, desde el año 1328 antes de Cristo.

!Esto era demasiado! Llamé al gran sacerdote que en mi reino solía hacer las veces de director de sanidad y le encargué que cumpliera sus funciones...

Al obrar de esta manera, he obedecido a un sentimiento de pudor. !Ud. me hallará razón!

Yo no quiero que me vean sin sesos, con las manos puestas en el corazón y tan sujeto y entrabado que no me falta más que hablar, para que cualquiera me tome por un Presidente de República.

Y yo soy un faraón que me respeto.

En la momia no estoy bien, puedo decirlo sin jactancia, tengo allí un aire grave y solemne de político chileno que no tuve nunca en vida. Esto se debe, sin duda, a la influencia de las sales de nitrón con que he sido disecado, porque - la verdad sea dicha - me he conservado a fuerza de salitre como el jamón y el Gobierno de su patria; pero esta no es una razón para que se me confunda con la una ni con el otro.

El respeto religioso que, como buen egipcio, abrigué por algunos animales, no me llevó nunca a ponerlos en los puestos más altos de la administración, y en cuanto a la inamovilidad de que doy pruebas ahora en el sarcófago y que me asemeja un tanto a los jueces y hasta algunos alcaldes de su tierra, es sólo efecto del estado de momificación.

Esto Ud., ahora, lo ve claro. Sin embargo, a pesar de todas estas explicaciones, estoy seguro de que si Lord Carnarvon me hubiera descubierto, nadie le habría quitado de la cabeza la idea errada de que los faraones, a juzgar por todos los signos externos, éramos casi iguales a algunos mandatarios y políticos modernos.

Para evitar esta deshonra a la décima octava dinastía, me he visto obligado a proceder en la forma que lo he hecho.

Le ruego, señor redactor, hacer llegar al público por intermedio de su digno diario, la presente aclaración de mi conducta.-
(Firmado).- Tutenkhamen".

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile